

SESENTA Y CINCO AÑOS DE LA ALIANZA ESTADOS UNIDOS-ARABIA SAUDÍ: UNIDOS POR LA NECESIDAD Y EL *STATU QUO*

Antonio R. Rubio Plo

*Doctor en Derecho
y analista de Relaciones Internacionales*

El 14 de febrero de 2010 se cumplieron 65 años del comienzo formal de la alianza entre Estados Unidos y Arabia Saudí. Pocos meses antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial, los vencedores preparaban sus estrategias en el mundo que iba a llegar, cada vez más necesitado de recursos energéticos como el petróleo. Fue un 14 de febrero, en aguas del canal de Suez, a bordo del crucero *USS Quincy*, cuando se produjo una entrevista entre el presidente Roosevelt, al que sólo le quedaban dos meses de vida, y el rey Abdelaziz Ibn Saud. Era el inicio de unos vínculos que, pese a una escena internacional en cambio continuo, se han prolongado durante muchos años, aunque en ocasiones no faltaran los pronósticos de quienes no apostaban por su continuidad, aduciendo toda clase de razones, de índole ética, ideológica o estratégica, aunque los hechos parecen haber demostrado que estas motivaciones no son necesariamente incompatibles entre sí.

El coronel Eddy, testigo de excepción

Un testigo privilegiado de la entrevista entre Roosevelt e Ibn Saud, fue el coronel William A. Eddy, del Cuerpo de *Marines*, que, por sus conocimientos del árabe, sirvió de intérprete a los dos gobernantes, y años más tarde reveló algunos aspectos de la conversación, acompañados de sus propias observaciones (1). Eddy nació en la ciudad libanesa de Sidón, hablaba con fluidez el árabe, fue un héroe de la Primera Guerra Mundial en el frente francés, y en el año 1922 obtuvo un doctorado en Princeton en literatura inglesa. En la segunda contienda mundial fue agregado naval en El Cairo y prestó servicios a su país en Marruecos como responsable de una red de la Oficina del Servicio Estratégico, en vísperas del desembarco aliado. Era, por tanto, un hombre adecuado para contactos con el mundo árabe, aunque, como ha destacado su biógrafo Thomas W. Lippman (2), no tenía demasiado sensibilidad hacia los problemas de los judíos. En los ambientes universitarios, militares o políticos, en los que Eddy se movió, existía un casi total desconocimiento del mundo judío. Lippman lo sitúa entre los «arabistas» del Departamento de Estado, de los años de la posguerra, y lo cierto es que gozaba de la confianza de sus superiores, pues fue ministro plenipotenciario en el reino de Arabia Saudí entre los años 1944 y 1946.

(1) EDDY, W. A.: *F.D.R. Meets Ibn Saud*, Washington, 1954, reprinted by Selwa Press, Vista, California, 2005.

(2) LIPPMAN, T. W.: *Arabian Knight. Colonel Bill Eddy USMC and the Rise of American Power in the Middle East*, Selwa Press, Vista, California, 2008.

El coronel Eddy veía en Ibn Saud a una especie de héroe épico, un «rey pastor» entre la historia y la leyenda, que había unificado a las tribus de Arabia. Pero, pese a los lógicos condicionantes de su cultura, consideraba que aquel rey era consciente de la necesidad de servirse de la tecnología occidental y procurar que ello no provocara grietas en su fe musulmana. Era de los que pensaban que tecnología no es un sinónimo de occidentalización de costumbres ni introducción de sistemas políticos extraños a la cultura árabe y musulmana. Por lo demás, tampoco a Eddy parecía preocuparle que el sistema político-social, representado por Ibn Saud, fuera incompatible con los valores norteamericanos. Mezcla de pragmatismo en la defensa de los intereses exteriores de Washington y de fascinación por una cultura que había conocido desde niño, la postura del coronel no podía ser nunca la de una crítica a un régimen autocrático. Antes bien, y conforme se sucedieron los hechos del conflicto de Palestina, más convencido estaba Eddy de que si los sentimientos de los árabes estaban en contra de Estados Unidos, por su apoyo a Israel, esto representaría una amenaza directa a los intereses petrolíferos, y económicos en general de Washington, además de un crecimiento de la influencia de Moscú entre los árabes. Lippman, su biógrafo, señala que el coronel presintió la *yihad*, pues en un temprano informe a la CIA, advertía del peligro de la unión entre el fanatismo religioso y las aspiraciones políticas para canalizar la resistencia árabe en Palestina. Esto se dijo en una época en la que triunfaba el nacionalismo panarabista, de carácter laico, impulsado por la revolución de Nasser en Egipto.

La urgencia de una alianza estratégica

Los consejeros del presidente Roosevelt eran muy conscientes de la importancia estratégica del reino saudí, puesta de manifiesto cuando el *Afrika Korps* se aproximaba al canal de Suez, vía de acceso a los yacimientos petrolíferos de Oriente Medio. En febrero de 1945, fecha de la entrevista, ese peligro alemán había pasado, pero quedaban los soviéticos, dueños de las reservas de crudo del Cáucaso. El poder de Moscú sería todavía más formidable si tuviera acceso al petróleo de Oriente Medio. Stalin había dado suficientes muestras de pragmatismo en su política exterior como para hacer compatibles los intereses soviéticos con el nacionalismo de cualquier género, laico o religioso, reformista o inmovilista. La única condición es que fuera un nacionalismo de corte antioccidental, y no era difícil de conseguir, pues el mundo había sido colonizado mayoritariamente por los occidentales. El propio Lenin había percibido la fuerza del sentimiento antiimperialista y anticolonialista.

En una fecha tan temprana como el año 1921, los soviéticos establecieron tratados de amistad y alianza con Turquía, Persia y Afganistán, algo muy conveniente para un país con una importante población musulmana. Es interesante recordar también el inmediato reconocimiento por Moscú de Ibn Saud como rey del Hejaz en el año 1924, o cómo la Unión Soviética firmó un tratado con el reino de Yemen en el año 1928. Con todo, los norteamericanos no estaban en desventaja en este arsenal de exaltación de los nacionalismos, pues sabían que los colonialistas europeos empezarían a batirse en retirada desde el año 1945. Además, Woodrow Wilson, otro presidente demócrata como Roosevelt, había predicado, en paralelo con Lenin, el credo de la libre determinación de los pueblos.

En cualquier caso, no había tiempo que perder. La entrevista entre Roosevelt e Ibn Saud resultaba tan trascendental como la Conferencia de Yalta, a la que acababa de asistir el presidente norteamericano. Otro de los protagonistas de la citada Conferencia, Winston Churchill, también consideraba crucial encontrarse con el rey saudí, así como con el monarca egipcio, Faruk, o el emperador etíope, Haile Selassie. Los interlocutores estaban bien escogidos, pero el error radicaba en el planteamiento de Churchill: no podía uno presentarse ante ellos desde un plano superior sino considerarlos como amigos y aliados, porque los tres tenían motivos para ver con recelo a Gran Bretaña: el saudí no olvidaba que Londres creó los reinos de Irak y Transjordania para los hachemitas, sus viejos enemigos que, en otro tiempo, controlaban las ciudades santas de Medina y La Meca; el egipcio tampoco tenía recuerdos gratos del protectorado británico y del control extranjero sobre el canal de Suez; y el etíope conservaba la memoria de la antigua, y ahora embarazosa, relación entre Churchill y Mussolini, el invasor de su país. En cambio, Roosevelt podía presentarse ante cualquiera de los tres líderes como un amigo cercano, ajeno a los manejos de unas potencias coloniales en declive.

Sin acuerdo sobre los judíos en Palestina

Había, sin embargo, un error de percepción en la entrevista entre Roosevelt e Ibn Saud. El monarca saudí encarnaba un poder personal y vitalicio. En él se confundían la persona y la institución, todo lo contrario a un presidente democráticamente elegido como el norteamericano. En un mundo en el que se percibían cambios vertiginosos, Arabia Saudí, país que nunca fue ocupado por los occidentales ni sometido a un protectorado colonial, buscaba a una gran potencia que garantizase su seguridad y que carece de antecedentes coloniales o de presencia significativa en Oriente Medio. El concepto de alianza que tenía Ibn Saud era la más parecida a la que podía haber establecido con otros jefes tribales, una alianza en la que contaban los vínculos personales. Esto podría explicar que, durante la entrevista, Roosevelt apelara a la psicología de Ibn Saud, a sus deseos de amistad con Estados Unidos para plantearle una espionosa cuestión que se anuncia crucial para el futuro de Oriente Medio: la inmigración judía hacia Palestina. Tan sólo tres años después estallará la primera guerra árabe-israelí, epílogo, y a la vez comienzo, de una tragedia que se había ido gestando en el periodo de entreguerras.

El presidente recordó al monarca el exterminio de los judíos por el nazismo y veía en la llegada de los judíos al territorio una especie de compensación por los sufrimientos padecidos. Pero la respuesta del rey sería tan simple como lacónica: los judíos y sus descendientes deberían ser indemnizados con las propiedades de los alemanes que les oprimieron. Roosevelt replicó que los judíos podían seguir sufriendo en la Alemania de la posguerra y para garantizar su seguridad, apelaba a la tradicional hospitalidad de los árabes. Fue en vano. Ibn Saud era tajante al afirmar que ni árabes ni judíos cooperarían en Palestina ni en ningún otro territorio árabe. El planteamiento de una posible asociación entre la mano de obra árabe y las técnicas aportadas por los judíos en la agricultura podía ser racional para una mentalidad práctica como la norteamericana, pero carecía de interés para un «rey pastor» como Ibn Saud. En la actitud del rey saudí había, por supuesto, motivaciones religiosas, aunque no eran menos desdeñables las de tipo polí-

tico: una postura explícita a favor de un Estado judío suponía poner en peligro la continuidad de su dinastía, instaurada hacía menos de dos décadas.

Lógicamente el tema no quedó cerrado en la entrevista, pero Roosevelt era consciente de que podía ser un obstáculo en el futuro. En consecuencia, el 5 de abril, una semana antes de su repentino fallecimiento, remitió al soberano saudí una carta en la que aseguraba que él no era personalmente hostil a la causa árabe y, sobre todo, que el Gobierno norteamericano no cambiaría su política hacia Palestina sin consultas previas con judíos y árabes.

Sin embargo, el coronel Eddy, en su libro sobre la entrevista a bordo del *USS Quincy*, recuerda que el presidente Truman, sucesor de Roosevelt, se movía más por consideraciones electorales hacia sus votantes judíos que por las vagas promesas verbales hechas por Roosevelt a Ibn Saud. Y esos electores deseaban, en su mayoría, el triunfo de la causa sionista en Palestina. Años después, sin embargo, el secretario de Estado de la administración Eisenhower, Foster Dulles, presentaría la relación norteamericano-saudí como una alianza entre la cristiandad y el islam frente a la Rusia atea e imperialista.

¿Alianza amortizada o alianza necesaria?

No obstante, en un tiempo no tan lejano, los primeros meses del año 2003, llegó a darse por amortizada la alianza norteamericano-saudí. El politólogo francés Gilles Kepel, reconocida autoridad en estudios del mundo árabe, se apresuró entonces a publicar un artículo en el que aseguraba que aquella gran historia, comenzada en el día de San Valentín del año 1945, podía estar próxima a su final (3). La inminente invasión de Irak terminaría con 58 años de matrimonio que, en su conjunto, habían sido felices. Se perfilaba un nuevo candidato a aliado preferente de Washington: el Irak posterior a Sadam. El dictador iraquí sería reemplazado por una democracia árabe de nuevo cuño, capaz de ser una alternativa atrayente a los regímenes de Riad y El Cairo, objetos de la benevolente atención de Washington durante décadas. Pero esos lazos estrechos no fueron incompatibles con la presencia del egipcio Mohamed Atta entre los terroristas del 11 de septiembre, por no hablar de la mayoritaria participación de ciudadanos saudíes en esos atentados.

Según Kepel, Arabia Saudí tenía una buena parte de responsabilidad en los hechos, pues habría favorecido la difusión de un islamismo radical que dio origen a Al Qaeda. Con todo, la caída de Sadam no se tradujo en la adquisición de un fiel aliado para Washington. La inestabilidad creada en el Irak de la posguerra supondría un cierto respiro para Arabia Saudí, que no veía amenazado su estatus de aliado preferente, y una demostración de que algunas teorías sobre el papel, unidas a la fe ciega en la superioridad tecnológica, se pueden dar de bruces con una realidad que no puede dejar tras de sí el peso de la Historia.

(3) KEPÉL, G.: «Desgraciado San Valentín», *El País*, 18 de febrero de 2003, aparecido originariamente en *Le Monde*.

Pese a todo, se ha seguido cuestionando la utilidad de la alianza entre Washington y Riad, aunque algunas de las familias distinguidas del reino saudí han seguido presumiendo de haber recibido la mejor educación en universidades norteamericanas (4). Sobre este particular, el príncipe Turki Al Faisal, antiguo embajador en Washington y que también fuera director del Servicio de Inteligencia saudí, contaba una anécdota significativa: un amigo de su familia aconsejó a su padre que no le enviara a la universidad americana de Beirut, pues podría ser influenciado por las ideas panarabistas y socialistas que estaban en auge en la década de los años 1950.

Era más seguro ir a estudiar a Estados Unidos. Había sido la opción correcta, como la de tantos miembros de la Familia Real saudí, un ejemplo de que los vínculos entre los dos países habían sido fuertes durante décadas. Incluso gobernantes tan reticentes hacia los saudíes como Eisenhower y Kennedy tuvieron que mantener la alianza por abrumadoras razones estratégicas. La relación no debería quebrarse en el cambiante escenario geopolítico actual. El príncipe Turki salía al paso, a finales del año 2008, de unas afirmaciones de Henry Kissinger en una convención del Partido Republicano, donde no había tenido reparos en calificar a Arabia Saudí como un régimen inviable, que, tarde o temprano, terminaría siendo derrocado.

Después de todo, el paso del tiempo debilitaría la posición de los países exportadores de petróleo y las ventajas estratégicas del reino saudí se desvanecerían. No decía explícitamente Kissinger que la caída de la casa de Saud no sería una desgracia irreparable, como podía haberlo sido en los años de la guerra fría. Pero era la voz del octogenario maestro del realismo en la política exterior norteamericana. No hablaba de liberalizar o democratizar el sistema, tal y como hicieron los neoconservadores de la primera administración Bush, que consideraban la guerra de Irak como el primer paso para modificar la naturaleza política de los regímenes de Oriente Medio. Creían que cambiar el *statu quo* de Oriente Medio aportaría por sí mismo la democracia.

En cambio, Kissinger se limitaba a constatar la pérdida de valor de una vieja alianza. Antes, les había unido la lucha contra el comunismo hasta el punto de apoyar a la guerrilla islamista en las tierras afganas, sin tener en cuenta algo tan simple como que el anticomunismo no siempre equivale a una defensa de la libertad y la democracia. ¿Suscribiría Kissinger, dos años después, sus afirmaciones? No hay en sus artículos, discursos o entrevistas referencias directas a Arabia Saudí, pero probablemente sea de la opinión que la caída de la Monarquía dejaría un peligroso vacío de poder en la región, en un momento en que Irán, que parece imparable, pese a las sanciones, en su carrera por conseguir el arma nuclear, está adquiriendo una influencia en Oriente Medio que nadie se habría atrevido a pronosticar.

Por otro lado, la administración Obama apuesta claramente por el *statu quo*, algo absolutamente necesario mientras se mantengan abiertos los frentes de Afganistán e Irak, que se pretenden cerrar, a no muy largo plazo, con el menor coste estratégico posible para Washington. Los responsables de la Casa Blanca no están dispuestos a especular, como acaso hubieran hecho algunos miembros de la primera administra-

(4) Una interesante documentación sobre las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí puede encontrarse, en: www.saudi-us-relations.org

ción Bush, con la comparación seudo histórica de que Arabia Saudí vive en un periodo equivalente al de la Rusia zarista en el año 1916, un tópico que se ha afirmado de algunas monarquías árabes desde hace décadas. Del final de la dinastía se lleva hablando desde sus orígenes, en relatos sobre luchas palaciegas y gobernantes incapaces, y se seguirá hablando mientras perdure el desafío demográfico de un 60% de población, mayor de 25 años y con reducidas oportunidades para acceder a la educación superior.

Esto es así porque la diplomacia de Obama es de corte bismarckiano, como lo era la diplomacia de Nixon y Kissinger. Responde a un realismo en el que la paz se construye por medio de complejos equilibrios. Por lo demás, si a alguien se le ocurriera, como sucedió en la época de los neoconservadores, sacar a relucir argumentos de libertad y democracia para lanzar sus críticas, siempre encontraría a unos saudíes dispuestos a responder que esos criterios nunca se han utilizado con el pueblo palestino.

De cómo la cuestión palestina debilita el liderazgo saudí

De hecho, la cuestión palestina es un elemento muy condicionante en la agenda de la política exterior de Oriente Medio, y lo que es peor: puede ser terriblemente desestabilizador. Recordemos que Arabia Saudí, y también Egipto, eran los tradicionales protectores de la causa palestina. Parecían los más adecuados para contribuir a una solución pacífica porque, al igual que Israel, eran dos importantes aliados de Washington. Pero la activa diplomacia iraní ha roto estos esquemas, y así Estados Unidos y Arabia Saudí han sido víctimas de un prejuicio de partida: los iraníes no son ni árabes ni suníes. Su capacidad de influencia en la región es limitada. Pero desde el momento en que el movimiento islamista palestino Hamás e Irán han visto las ventajas de una alianza que les reforzaba mutuamente, las viejas lógicas no funcionan y también esto ha afectado negativamente al plan de paz saudí, de reconocimiento del Estado de Israel por los árabes en contrapartida de un Estado palestino independiente.

La inusitada alianza palestino-iraní, a la que hay que añadir la establecida con Hezbola en el Líbano, despierta en los saudíes una preocupación en la que coinciden con Israel: la de que la administración Obama entable un diálogo directo con Irán en la creencia de que un actor indispensable para la resolución del conflicto de Oriente Medio. Si a esto añadimos un Irak, en buena sintonía con Washington y gobernado por los chiíes, que no desconocen la existencia de numerosos combatientes saudíes en las filas de Al Qaeda en Mesopotamia, no nos extrañará que Arabia Saudí pueda percibir que su liderazgo en la región se debilita.

Por otra parte, la administración Obama se mueve entre el palo de las sanciones a Irán y la zanahoria del diálogo, mas esta calculada ambigüedad tiene que preocupar al régimen saudí. Podríamos además aludir a los recelos de los gobernantes saudíes hacia su población chií, estimada en un 10% del total del reino. Y no deberíamos dejar de hacer mención de una Siria que no ve ventajas en la ruptura de sus estrechos vínculos con Irán por una hipotética paz por separado con Israel, o de una Turquía muy activa en Oriente Medio gracias al neo-otomanismo de la política exterior de su ministro de Asuntos Exteriores, Ahmet Davutoglu.

El multilateralismo de la diplomacia saudí

Pese a todo, la llegada al trono del rey Abdulá en el año 2005 ha llevado también a la diplomacia saudí por la senda del multilateralismo. La alianza con Estados Unidos no es exclusiva. Las guerras de Afganistán e Irak contribuyen a la percepción de que la influencia de Washington en Oriente Medio. Hay otros actores, y grandes socios comerciales, que no pueden ser dejados de lado como Rusia y China, por otra parte protectores de Irán y Siria. Rusia es uno de los principales proveedores de armamento para los saudíes, como demostró la crucial visita del presidente Putin a Riad en febrero de 2007.

Con China, los negocios saudíes son aún mayores, pues a finales del año 2009 había sobrepasado a Estados Unidos como principal comprador de petróleo. La penetración económica china en la región puede adquirir mayores dimensiones si saliera adelante un acuerdo de libre comercio entre el gigante asiático y los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo. Sin embargo, China continúa con su tradicional postura de separar la dimensión económica de la política.

De ahí que resultaran poco realistas las esperanzas norteamericanas de que Arabia Saudí pudiera utilizar su privilegiada relación con los chinos para persuadir a éstos de consentir en establecer sanciones más duras contra Irán. La resolución 1929 (año 2010) no puede calificarse de realmente efectiva, aunque en esta ocasión China votara a favor. No por esto los chinos dejarán de ser los segundos compradores de crudo iraní. Ni que decir tiene que la resolución no afecta a las exportaciones chinas de gasolina a Irán, algo que sí habría incomodado realmente al régimen de los ayatolás.

Arabia Saudí es el principal instrumento para el mantenimiento del *statu quo* en Oriente Medio. Si el régimen cayera, la influencia de Estados Unidos en la región se vendría abajo irreparablemente y las monarquías petroleras también se sentirían amenazadas. En cualquier caso, norteamericanos y saudíes parecen poco a poco prepararse para la evidencia de un Irán nuclear. Las tradicionales garantías de seguridad de Estados Unidos al reino saudí se harían más indispensables que nunca, pero las autoridades de Riad no dejarían de cultivar el favor de los rivales ruso y chino en una dimensión económica que inevitablemente conduce a la dimensión política.